



Capítulo 418: Virgilio nervioso por los nuevos inquilinos

Virgilio miró el cielo de su alma, con los ojos llenos de agotamiento e incredulidad. Las colosales figuras de Crymsaria y Nivara chocaron sobre los lirios araña como deidades enfurecidas, chispas elementales cruzando el firmamento carmesí. Llamas escarlatas y ventiscas cortantes se batieron en ciclos eternos, sin descanso, sin tregua.

Un suspiro se le escapó de los labios—pesado, lleno de algo entre resignación e incredulidad.

Ese sonido fue suficiente.

Con un repentino susurro, Fenrhaem, el lobo de pelaje negro y ojos de acero, apareció a su lado, como una sombra viviente que emerge del suelo. La criatura no gruñó, no lo saludó. Simplemente se quedó allí, en silencio por un segundo antes de hablar con su voz profunda y tranquila:



"Han estado así desde el momento en que te caíste. Desde tu colapso, no se han detenido."

Vergil giró lentamente la cara y miró al lobo con expresión vacía. "¿Y nadie intentó... detenerlos?"

Antes de que Fenrhaem pudiera responder, una silueta familiar apareció a su izquierda. La forma humanoide de Itarina caminaba entre los lirios, su piel gris brillaba bajo la luz carmesí y sus ojos morados brillaban de inquietud.



"Lo intentamos, por supuesto", respondió ella cruzando los brazos con expresión tensa. "Pero es inútil. Nunca se cansan. Ever. Ha habido ciento cincuenta enfrentamientos, Maestro. Exactamente. Y todos terminaron de la misma manera: en un punto muerto. No hay progreso. Sólo destrucción cíclica."

Virgilio se llevó la mano a la frente y le masajeó las sienes. Sintió como si su espíritu estuviera constantemente estirado y comprimido por las fuerzas que chocaban sobre él.

"¿Cómo... cómo sigo vivo con esto que sucede dentro de mí?"

Itarine lo miró con arrepentimiento. "Porque, aparentemente... se han fusionado contigo."

El silencio cayó como un cuchillo. Ni siquiera el susurro de los lirios. Ni siquiera el lejano gruñido del trueno elemental. Sólo la frase flotando en el aire, como una frase difícil de absorber.



Vergil parpadeó un par de veces, mirando a la mujer de la sombra.

"Eso no tiene sentido. Fusionado... ¿cómo? Eran entidades. Incomprensible. Y... opuestos."

Itarine suspiró y dio un paso adelante. "Lo sé. Pero... algo ha cambiado. Desde ese momento en el que desapareciste de la realidad. Ya que todo fue 'borrado'. Sus auras... ya no existen como antes. Ya no son dos fuerzas distintas. Son... casi uno. Casi idéntico. Lo único que todavía difiere... es lo elemental. Uno es el fuego eterno. El otro, el hielo antiguo. Pero en esencia... son una fuente de poder... Tú."



Virgilio volvió a mirar el cielo de su alma. Los dos dragones volaron uno alrededor del otro, atrapados en una danza cósmica interminable. Sus rugidos ya no eran gritos de rabia—sonaban como cánticos desafinados de la misma melodía.

"Sé que mi cuerpo es realmente extraño, pero esto va más allá de la extrañeza", murmuró. "Esto es lo más absurdo que he oído jamás."

Sin saber por qué, intentó ampliar su aura, como gesto instintivo, buscando sentirlos, comprender lo que realmente estaba sucediendo. Pero lo que encontró fue lo más inesperado de todo:

Nada.

Su aura se extendía—vasta, profunda, pulsante como un océano a punto de tragárselo todo. Tomó el aire circundante, llenó el suelo, fluyó a través de los lirios, pasó a través de las capas de su alma como un nuevo viento...



Pero no los tocó.

Era como si los dragones fueran parte del tejido mismo de su aura. No como presencias invasivas. Pero como extensiones.

Vergil dio un paso atrás, mirando sus manos. "Yo... no puedo sentirlos. Como si no fueran 'entidades externas'... como si... estuvieran dentro de la estructura de mi alma. Disuelto en él."

Itharine asintió con una mirada seria. "Exactamente. No habitan tu alma. Ahora son parte de ello."



Y luego, como si esas palabras tuvieran algún peso mágico, Crymsaria y Nivara detuvieron su batalla. Ambos se detuvieron en el aire al mismo tiempo, como si alguna fuerza invisible hubiera tocado sus corazones.

Lo sintieron.

Lo sintieron.

Vergil.

Sus ojos colosales —rubíes llameantes y diamantes glaciares— se volvieron hacia el suelo de los lirios araña y, por un breve segundo, ambos permanecieron inmóviles. El cielo rugió en silencio. El mundo parecía contener la respiración.

El cambio fue repentino.

En el momento en que el aura de Virgilio se expandió y se extendió como una onda invisible por todo el plano espiritual, Crymsaria y Nivara reaccionaron brutalmente. Sin previo aviso, sin dudarlo, cayeron del cielo como meteoritos vivientes, con los ojos destellando de furia y las garras extendidas —una dirigida al corazón de Virgilio, la otra a su rostro.

El impacto nunca ocurrió.

En el momento exacto en que las garras atravesarían el espacio hacia él, el aire alrededor de Virgilio se distorsionó.

Como si el universo que lo rodeaba obedeciera sólo a su presencia, surgió una fuerza abrumadora, invisible pero incuestionablemente absoluta. No era un





aura. No fue magia. Era como si el concepto mismo de "tocar a Virgilio" hubiera sido prohibido por la realidad.

La gravedad a su alrededor se triplicó, se quintuplicó, se centuplicó. El suelo tembló. Y en una fracción de segundo, las dos Emperatrices fueron arrancadas del aire y arrojadas al suelo, como hojas tiradas por un agujero negro.

¡CRASH!

Crymsaria fue la primera en tocar el suelo; su garra se clavó en la tierra antes de que pudiera siquiera comprender lo que la había golpeado. Luego, Nivara cayó en el lado opuesto, arrastrando hielo y nieve junto con su impacto, rugiendo de frustración. Sus cuerpos colosales intentaron moverse, pero fue inútil— era como si la gravedad de mil soles los aplastara, sin que Virgilio siquiera parpadeara.

Aun así, lucharon.

Sus ojos ardían de fuego y hielo, intentando levantarse, resistiendo, hundiéndose aún más. Sus alas se retorcieron. Sus garras se clavaron. Pero nada funcionó. Cuanto más enojo sentían, más aumentaba la presión.

Hasta que finalmente se dieron por vencidos.

La gravedad cesó en un instante. No porque Vergil "lo desactivó". Pero porque ya no necesitaba defenderse. Las dos emperatrices, soberanas de su propia naturaleza, habían sido domesticadas por algo que no entendían. Y eso los enfureció aún más.





Ambos rugieron, sus gritos resonaron a través de las capas del alma como un trueno puro:

"¿¡QUÉ NOS HAS HECHO?!" gritó Crymsaria, su voz una explosión de brasas y vergüenza.

"¿¡QUÉ DIABLOS HAS HECHO?!" gritó Nivara, su tono frío y cortante, pero lleno de desesperación.

Virgilio, de pie entre los lirios araña, con las manos todavía a los costados, los miró con una frialdad inusual. Había algo muerto en su mirada—no debilidad, sino desinterés.

Y él respondió secamente:

"Si supiera... ¿por qué, en nombre de cualquier deidad, se lo diría a dos idiotas que arruinaron todo?"



Silencio.

El suelo tembló más con ese simple insulto que con la fuerza gravitacional anterior.

Crymsaria se congeló en su lugar. Nivara tragó fuerte. Los dos se miraron como si hubieran oído algo impensable.

Nadie... jamás... se había atrevido a llamarlos idiotas.

Mucho menos un hombre.



Por un momento, sus ojos ya no expresaban ira, sino conmoción genuina. Como si el insulto hubiera golpeado algo más profundo que cualquier hechizo, más profundo que cualquier espada. Una verdad cruda y simple a la que nunca se habían enfrentado antes.

"... ¿Idiotas...?" susurró Nivara, como si probara el sonido de la palabra.

"Él... nos llamó... ¿idiotas...?" repitió Crymsaria, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

Había una especie de tensión desconcertante entre ellos. Pero luego, poco a poco, ambos empezaron a cambiar. Las formas dracónicas se rompieron en fragmentos de llama y hielo, y las dos volvieron a la forma humanoide: Crymsaria con cabello tan largo como brasas vivas, vestida con túnicas rojas ornamentadas; Nivara con piel pálida como la nieve, con ojos helados y rasgos serenos, pero ahora contorsionada por la ira.



"Tienes el descaro," comenzó Crymsaria, acercándose con pasos pesados, "¿para llamarnos así después de todo lo que has pasado por nuestra culpa?"

"¿Idiotas?" Nivara dijo, más comedido, pero con un toque de veneno. "Estábamos peleando y-"

"Cállate", dijo Vergil mientras su aura demoníaca aumentaba en la habitación. "Parece que no lo entiendes", dijo a medida que se ponía cada vez más nervioso.

"No sé qué carajo pasó, pero si estás aquí, significa que pasó algo que involucraba mi cuerpo, así que cállate porque es totalmente tu culpa, ustedes dos retrasados que querían suicidarse," dijo, lanzando insultos.



"Tú, no sé quién eres, pero te voy a matar." Nivara dijo nerviosamente

mientras apretaba los puños.

Su aura demoníaca creció como una marea negra. Cada palabra que decía parecía tallada en piedra, un corte directo en la carne de la realidad.

"Cállate", dijo con voz profunda, con los ojos fijos en ellos. "Ambos. Cerrar. El. Mierda. Arriba."

Crymsaria dio un paso adelante, a punto de responder, pero dudó cuando vio su expresión.

"¿Tienes alguna idea de lo que pasó?" continuó, su voz se hizo más fuerte. "¿Alguna idea de la mierda cósmica que has causado?"

Nivara resopló sarcásticamente, cruzando los brazos.

"No nos culpes por—"

"¡Cállate! No te di permiso para hablar," rugió, el suelo temblaba a su alrededor.

"Querías destruirte a ti mismo. ¡Dos niños divinos con el poder de acabar con las galaxias jugando a la muerte eterna! ¿Y para qué? ¿Por orgullo? ¿Por heridas estúpidas?" Su voz se hizo más pesada. "¿Querías morir? ¿Realmente morir? ¡Bien! ¡Mátense! Pero no en mi alma."





Los ojos de Crymsaria se abrieron sorprendidos por la intensidad.

Virgilio dio dos pasos hacia adelante, con las manos temblando no de miedo, sino de frustración acumulada.

"¿Y ahora estás aquí, fusionada conmigo, atrapada dentro de mí, y quieres seguir actuando como si fueras las reinas del universo? ¡Ustedes dos me arrastraron a esto! ¡Ni siquiera tuve elección! Así que cállate y piensa por un segundo en lo que has hecho, porque no sé qué diablos pasó. Me desmayé. Me desperté aquí. Y tú..." señaló, con el dedo casi temblando de rabia, "estabas convirtiendo mi alma en un campo de batalla."

Hubo un momento de silencio. La tensión pareció empezar a disolverse... hasta que Nivara sonrió. Una delgada sonrisa. Casi cruel.

"Hmph. ¿De verdad crees que puedes darnos órdenes ahora? Eso porque somos... 'en ti,' ¿eres dueño de todo esto? ¿Qué estás a cargo de mí?" Dio un paso adelante, con la mirada aguda como una cuchilla de hielo. "Entonces dime... ¿qué harías si decidiera salir y... matar a todas las mujeres que siento cercanas a ti? Uno por uno. Lentamente. ¿Sólo para ver qué pasa con tu preciado control?"



El mundo se detuvo.

Virgilio no dijo una palabra.

Él simplemente desapareció del lugar — y reapareció frente a ella con un solo movimiento.

¡BOFETADA!



El sonido de la bofetada resonó en el campo de lirios araña como una explosión. Fue agudo, violento, implacable.

El rostro de Nivara se volvió con el impacto. Su cuerpo fue arrojado a un lado, tambaleándose dos pasos antes de detenerse. El sonido era tan absoluto que incluso Crymsaria instintivamente retrocedió, con los ojos muy abiertos.

La marca de su mano era clara en la piel translúcida del rostro de la emperatriz glacial—cinco dedos rojos como brasas ardientes contra el blanco puro de la nieve.

Virgilio estaba inmóvil.

Sus ojos eran negros como abismos. Su voz salió fría, vacía de emoción:

"Pruébalo. Sólo una vez más. Menciona cualquiera de ellos. Con esa boca sucia tuya."



"Y no te golpearé. Te romperé. Te aplastaré con todo lo que tengo, Nivara. Alma por alma. Pieza por pieza. ¿Entiendes?"

Nivara lo miró fijamente, atónita. No por dolor — sino por humillación. Por primera vez, no parecía saber cómo reaccionar. Sus labios se separaron, pero no salieron palabras.

Crymsaria llevó su mano a sus labios en un gesto involuntario.

Virgilio también giró lentamente su rostro hacia ella. "¿Si tu. No creas que estás libre de responsabilidades. Ustedes dos son responsables. Dos idiotas con demasiado poder y poco cerebro."



El silencio ahora era como una cúpula de cristal. Sin sonido, sin viento. Ni siquiera los lirios se movieron.

Virgilio dejó escapar un suspiro —no de agotamiento, sino de furia que había encontrado una salida.

"Si quieres seguir existiendo dentro de mí, aprende rápido: aquí ya no sois diosas."

"Eres mi sombra. Mi parte. Me obedeces. Eres mía. O desapareces."

Él le dio la espalda.

"Ahora quédate ahí y piensa. Y si te da suficiente vergüenza, aprende a guardar silencio."



Y luego, sin decir palabra más, caminó entre los lirios.

Fenrhaem observó, con sus ojos de acero tan tranquilos como siempre. Itarina, con los brazos cruzados, parecía aliviada y preocupada al mismo tiempo.

Detrás de ella, Nivara se quedó quieta, tocándose la cara con las yemas de los dedos, temblando —no por el frío, sino por algo nuevo: el miedo.

Y Crymsaria... bajó la mirada. Por primera vez en milenios, no tenía una respuesta preparada.



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

"El Maestro da miedo cuando está enojado..." Pensó Itharine, "Nota mental: nunca enojas al Maestro."

